

III DOMINGO DE PASCUA "C"

4 y 5 de MAYO, 2019

Si mencionamos a "San Pedro", la mayoría de los católicos inmediatamente evocan una imagen mental de la Basílica San Pedro en el Vaticano, en Roma. San Pedro, la iglesia más grande del mundo, que fue construida sobre la tumba del apóstol Pedro, de arquitectura renacentista y barroca y es el hogar del papa. Arquitectónicamente exuda un poder majestuoso de una iglesia triunfante gobernada por los siglos anteriores con papas que la dirigían, pero también eran monarcas terrenales de los Estados papales; la era de la cristiandad. San Pedro fue, y es, un lugar de gran espectáculo, con artes invaluable y de fantástica música.

Hay otra iglesia "San Pedro" de igual importancia. Esta pequeña iglesia, un poco más grande que la capilla de Burke de aquí en nuestra iglesia Santa Cecilia, fue construida en 1934 y está ubicada en la orilla del lago Galilea en Tierra Santa. Conocido como la "Primacía de Pedro", su interior está desprovisto de ornamentación y tiene seis vitrales de colores simples. La iglesia se construyó, por tradición, alrededor de una gran roca plana frente al altar en que se cree que es el lugar donde Jesús, después de su resurrección, preparó el desayuno de pan y pescado cocido la historia que leemos en el Evangelio de hoy, así también el lugar donde ocurrió el diálogo entre Jesús y Pedro, que concluyó con Jesús designando a Pedro como jefe de los apóstoles, y también como el jefe de lo que se conocería como la Iglesia, la Primacía de Pedro.

El contraste visual entre estos dos edificios de iglesias "San Pedro" y de la imagen que cada una de ellas transmite no podría ser más grande— una, es un símbolo de grandeza y poder; la otra es pequeña y humilde. En vista de las revelaciones, en los años recientes, del abuso de autoridad y posición por parte de algunos sacerdotes y obispos, y del subsiguiente ocultamiento de estos crímenes contra las personas más vulnerables en la Iglesia; Dios especialmente a través del Evangelio de hoy, nos invita a todos, al Papa, y a las personas, a un entendimiento más humilde y de practicar de ser una iglesia.

Poco después de su elección, un reportero le preguntó al papa Francisco que se describiera a sí mismo, y él simplemente dijo: "Soy un pecador". Pedro en el Evangelio de hoy cuando Jesús le preguntó dos veces "¿me amas?" y por último "¿me quieres?". Seguramente él recordó dolorosamente su triple jactancia de su negación pecosa de no tener ninguna asociación con Jesús y que lo llevaría frente a frente con su pecado. Pedro— orgulloso, arrogante, franco, rápido para juzgar, ahora sin duda con lágrimas de dolor arrepentido, le respondió tres veces: "Si Señor, tú sabes que te quiero". Pedro débil, quebrantado, impotente, con humilde admisión, mueve a Jesús y quien le entrega a él primacía del lugar y liderazgo de su Iglesia— una primacía que no es un poder militar, de inquisición doctrinal, de relaciones acogedoras con los ricos y poderosos

acompañado con el otorgamiento de favores, sino que una primacía de un servicio sacrificial de vaciarse a sí mismo—"Apacienta mis corderos", "Pastorea mis ovejas"—cuida a los pobres, los vulnerables, los olvidados, y a los "pequeños" del mundo.

Como Provincial Jesuita en Argentina, el futuro Papa Francisco estaba a cargo de los jóvenes aspirantes que se estaban entrenando para llegar a ser también jesuitas. Como parte de este entrenamiento para el aspirante se le enviaba a una misión. El futuro papa los enviaba específicamente a los barrios pobres, a los más pobres de los pobres, a los olvidados, a los de las periferias de la sociedad. Cuando regresaban de su asignación, antes de preguntarles sobre su trabajo, el futuro papa miraba primero los zapatos de los hombres. Si sus zapatos eran brillantes y estaban sin marcas de uso o de cuero raspado, el futuro papa sabía que los hombres no habían ido a los barrios pobres, sino a algún lugar más cómodo. Sucesivamente, recibían una firme reprimenda antes de ser enviados de nuevo a una misión para "alimentar a los corderos y atender a las ovejas", buscar a los perdidos, vendar a los heridos.

Lo que se le confió a Pedro, a cada papa de manera individual y única en la Iglesia, también es confiado a todos nosotros. El Papa Francisco nos recuerda: "Quiero una iglesia pobre para los pobres". ¿Cómo se ve esto? Hoy Jesús le pregunta a Pedro, al papa Francisco y a cada uno de nosotros: *¿Me quieres?* Él no está buscando a astutos, zapatos limpios, expresiones de devoción con pompa religiosa cuyo fervor termina cuando se termina la liturgia. No, Él quiere no solo nuestras palabras, sino especialmente nuestras acciones concretas de amor para responderle: ¿Estamos enojados con alguien hoy? ¿Irritado? Simplemente estar bien o incómodo con un compañero de trabajo, un feligrés, un vecino ... ¿incluso un pariente cercano? Ámenlos a ellos. Sirvan a ellos. Ellos son los pobres. Usen y gasten los zapatos. No permitan que el orgullo, la posición o cualquier otra cosa se interponga en el camino. Jesús nunca lo hizo. Como Pedro, él nos ama y nos perdona ... con todos sus defectos. Él no espera nada menos de nosotros. A través de la bondad, de ser humanitario, de la generosidad, de la paciencia, del perdón, alimentaremos a sus corderos, cuidaremos a sus ovejas, y nos comprometemos a una primacía de servicio, a un amor de auto renuncia, que se revela como "hacer esto en memoria mía", el de reconstruir una gran Iglesia para convertirse en una pequeña Iglesia, pequeña en las maneras del mundo, grande en el amor de Dios.

Padre Jim Secora